



FÍBULAS DE TIPO NAVARRO-AQUITANO EN EL ÁREA CELTIBÉRICA

María Luisa CERDEÑO*
Marta CHORDÁ**

RESUMEN: Los descubrimientos de los últimos años en la Meseta oriental confirman las vinculaciones culturales entre esta área geográfica y el valle del Ebro. Uno de los muchos argumentos formales sería la presencia, en yacimientos celtibéricos meseteños de la I Edad del Hierro, de fibulas del tipo denominado navarro-aquitano, documentadas básicamente en las regiones que les dieron nombre.

SUMMARY: The latest researchs in the Eastern Meseta confirm the cultural relationship between this geographical area and the valley of the Ebro. One of the multiple arguments will be the presence, in celtiberian sites, of fibulae "navarro-aquitanas", documented basically in the regions that gave name them.

1. INTRODUCCIÓN

Las investigaciones llevadas a cabo durante los últimos años en yacimientos celtibéricos de la Meseta oriental están ayudando a conocer nuevos aspectos de aquella cultura, sobre todo de las primeras fases de su desarrollo y aunque en estas breves líneas no vamos a solucionar todos los problemas planteados, podemos contribuir a ello subrayando el interés de algunos elementos materiales, ordenándolos y abordando su interpretación. Nos referimos a las fibulas navarro-aquitanas cuya presencia en numerosas necrópolis de incineración resulta significativa desde el punto de vista cultural y cronológico, al ser un tipo poco abundante y restringido a áreas geográficas muy concretas.

La particularidad de estas fibulas es que están fabricadas en hierro, formadas por un largo resorte bilateral de cuyo centro parte el puente de cinta ancha, curvada y a veces decorada con estrías, que termina en un pie vuelto en ángulo recto, rematado en un grueso botón; los extremos del eje, sobre el que se arrollan las espiras del muelle, están rematados en cada lado por tres o cuatro discos de bronce y/o de hierro. Este modelo era habitual en numerosas necrópolis de la Aquitania francesa, razón por la cual se las denominó navarro-aquitanas cuando aparecieron ejemplares similares en los yacimientos de esta provincia española (Maluquer, 1953), a los cuales hay que añadir los encontrados en tres yacimientos catalanes (Navarro, 1970: 56) y todos los celtibéricos, repartidos entre tres yacimientos aragoneses y ocho meseteños. Junto a este típico modelo, aparecen con frecuencia otras fibulas fabricadas en hierro pero con una morfología diferente, por lo que ahora no las hemos incluido en el estudio.

Conocíamos la existencia de algún ejemplar en territorio celtibérico, pero les hemos prestado mayor atención a raíz de la aparición de nueve fibulas entre los ajuares de varias sepulturas de la necrópolis de Herrería, que actualmente estamos excavando (Cerdeño et alii, 2002; Cerdeño, 2004). Esta reiterada presencia en uno de los yacimientos más orientales de la Meseta, cuya cronología se remonta al final de la Edad del Bronce, es un elemento más que creemos confirma las vinculaciones culturales entre las regiones de ambos lados del Ebro, como hace tiempo venimos defendiendo.

Resaltar la presencia y analizar la importancia de un tipo de objeto específico en un lugar concreto puede interpretarse como un ejercicio de cronotipología local, a partir del establecimiento de paralelos formales, pero en esta ocasión no se trata de una pieza aislada sino de casi cuarenta ejemplares repartidos entre más de una docena de yacimientos peninsulares que se suman al conjunto de similitudes culturales, cada vez mejor conocidas y representativas de una determinada época en un determinado espacio. Teniendo en cuenta que prácticamente no se poseen dataciones absolutas de la I Edad del Hierro que permitan establecer relaciones de sincronía, no pueden relegarse también los tipos materiales significativos. Recordemos que la Arqueología trabaja con los restos de la cultura material y que el primer e ineludible paso es conocer y ordenar los tipos formales descubiertos para manejarlos con la mayor solvencia posible, aunque las clasificaciones usadas deban someterse a revisión o actualización ante los datos que proporcionan las nuevas investigaciones.

Al margen de estos aspectos metodológicos, el estudio de los objetos de épocas pre-téritas proporciona también mucha información sobre las personas que los utilizaron y sobre aspectos económicos o sociales de la comunidad a la que pertenecieron. Concretamente, las fibulas tuvieron un amplio protagonismo en el atuendo de las gentes del final de la Edad del Bronce y de toda la Edad del Hierro, lo que indica que jugaron un papel importante, comenzando seguramente por ser un indicador de diferenciación social si nos fijamos, además, en el hecho de que estaban fabricadas en hierro en un momento en que tanto este nuevo metal, como sus técnicas de manufactura eran todavía incipientes en estas áreas geográficas y ello las convertiría en un símbolo de mayor elitismo.

2. DATOS ARQUEOLÓGICOS

Al ordenar los ejemplares contabilizados, uno de los aspectos más significativos es su dispersión geográfica, dado que su presencia se limita a yacimientos en áreas puntuales que podríamos ordenar en grupos distribuidos en dirección norte-sur:

- 1) Aquitania. Señalándose ejemplares al norte del río Garona, en los alrededores de Burdeos y en los Pirineos atlánticos.
- 2) Ribera navarra.
- 3) Cataluña.
- 4) Área celtibérica. La existencia a uno y otro lado de los Pirineos de estas fibulas particulares, ya que el modelo no se ha encontrado en otras regiones, indica algún tipo de intercambio en ambas direcciones por los pasos occidentales (Figura 1).

Los contactos entre las costas atlánticas del sur francés y el norte del Mediterráneo fue un hecho bien documentado arqueológicamente desde la I Edad del Hierro y a partir de materiales encontrados en necrópolis de incineración catalanas, por ejemplo la de Anglés (Girona), se ha insistido en la existencia de un enlace diagonal a través de la cadena montañosa, señalándose conexiones en base a numerosas piezas que se encuentran tanto en la Península, como en los clásicos yacimientos aquitanos, como Avezac-Prat, Ossun, etc. (Pons y Pautreau, 1994: 367). Entre estos objetos, destacan fibulas como las que ahora estudiamos.

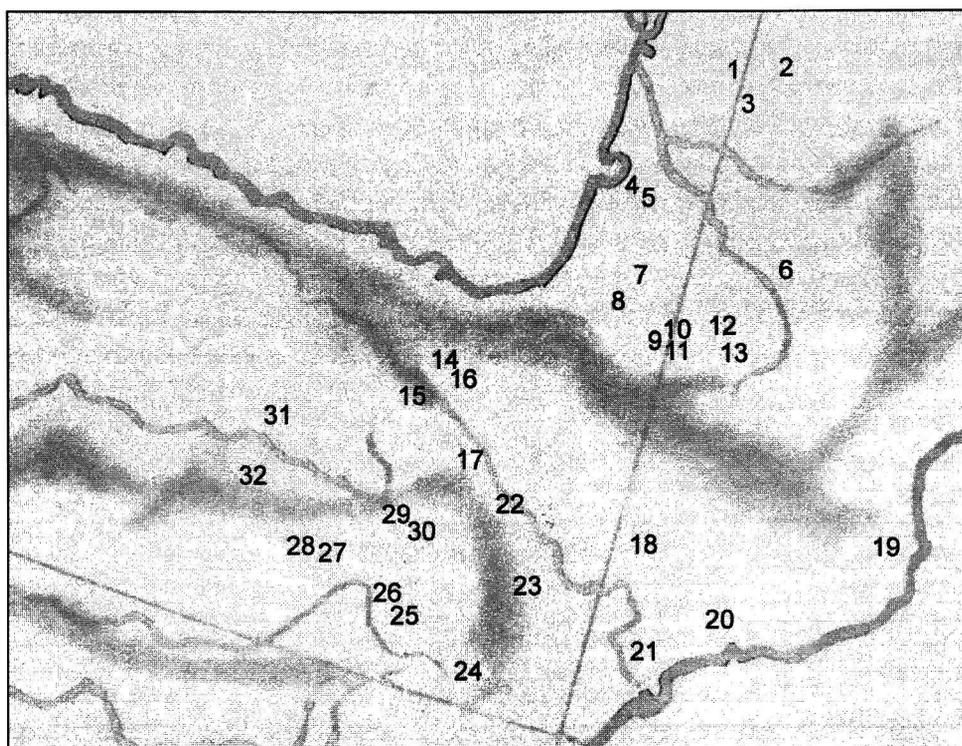


Figura 1.- Mapa de dispersión de las fibulas navarro-aquitanas. 1-13 Aquitania: 1: Quéroy. 2: Saint Mathieu. 3: Sendougne. 4: Mios. 5: Truc de bordiou. 6: Le Frau. 7: Mont de Marsan. 8: La Serre. 9: Bertres. 10: Barzan. 11: Ossun. 12: Campistrous. 13: Avezac-Prat. 14: La Torraza (Na). 15: El Castillo (Na). 16: Castejón de Arguedas (Na). 17: La Atalaya (Na). 18: La Pedrera (Le). 19: Roses (Gi). 20: Can Canyis (Ta). 21: La Palma (Ta). 22: Cabezo de Ballesteros (Za). 23: Azaila (Za). 24: Griegos (Te). 25: Molina (Gu). 26: Herrería (Gu). 27: Sigüenza (Gu). 28: La Olmeda (Gu). 29: Almaluez (So). 30: Alpanseque (So). 31: La Mercadera (So). 32 Carratiermes (So).

- Yacimientos celtibéricos

Mencionamos en primer lugar los yacimientos celtibéricos, mayoritariamente meseteños, por ser la zona donde centramos nuestras investigaciones además de por ser los más alejados de los lugares que se suponen origen de este modelo de fibulas y por eso indicadores de posibles contactos entre ellos. Algunos ejemplares están perfectamente contextualizados al formar parte de los ajuares de las necrópolis, mientras que otros son piezas fuera de contexto aún en yacimientos de los que si se conoce bien su cronología o se han conservado mal catalogados por proceder de antiguas colecciones.

Necrópolis de La Umbría: Situada cerca de Daroca, muy próxima a la comarca meseteña de Molina con cuyos yacimientos mantiene ciertos paralelismos. Es una necrópolis de incineración con una primera fase fechada a mediados del siglo VI a. C. que se caracterizaría por los enterramientos de tipo tumular, cerámica a mano de perfiles bicónicos y fibulas de doble resorte (Aranda, 1990:109) a lo que habría que añadir la fibula navarro-aquitana que se describe, aunque no están publicados los ajuares completos y las posibles asociaciones de materiales.

Necrópolis del Cabezo de Ballesteros: Ubicada en el término de Épila, fue descubierta y excavada a lo largo de los años 80, existiendo noticias sobre ella. En el resumen que se ofrece en el trabajo de conjunto sobre los cementerios celtibéricos del Bajo Jalón, se menciona la existencia de fibulas de ¿bronce? navarro-aquitanas (Perez Casas, 1990: 117, fig. 8,60) ofreciéndose el dibujo de un ejemplar, sin especificar su adscripción a una tumba concreta. La necrópolis tenía una fase importante correspondiente a la I Edad del Hierro, con numerosas fechas de C-14 entre finales del siglo VII-mediados del VI a. C.

Necrópolis de Azaila: En el estudio sobre el conjunto arqueológico de Azaila, se documentan tres fibulas procedentes de las primeras excavaciones en la necrópolis. Se las considera un “importante auxiliar cronológico” por estar asociadas a una de las primeras cerámicas ibéricas pintadas del yacimiento y por sus paralelos morfológicos con los ejemplares de las necrópolis de Griegos, La Palma, La Pedrera o las navarras La Atalaya o La Torraza (Beltrán, 1976: 85, fig. 28). El autor las definió como pertenecientes a la etapa hallstattica del yacimiento que también se caracterizó por la presencia de morillos, cerámica a mano bicónica y decoraciones incisas y plásticas. (Figura 3, 10-11).

DISTRIBUCIÓN FIBULAS NAVARRO-AQUITANAS			
ÁREA CELTIBERICA	NAVARRA	CATALUÑA	AQUITANIA
Necr. La Umbría (Za): 1	Necr. La Torraza (Na): 1	Rosas (Ge): 1	Cueva de Quéroy (Charente)
Necr. Cabezo de Ballesteros (Za): 1	Necr. La Atalaya: 11+1	Necr.CanCanyis (Ta): 1+ 1?	Necr. Pujaut (Gironde)
Necr. Azaila (Za): 3	Necr. Castejón de Arguedas: 6 + 11?	Necr. La Palma (Ta): 1	Necr. Truec de Bordiou (Gironde)
Necr. Griegos (Te): 1	El Castillo de Castejón: 4	La Pedrera (Le): 1	Necr. Mont Marsan (Landes)
Necr. Molina (Gu):1	Cortes de Navarra: 2 ?		Necr. Taillon (Pyrénées Atl.)
Necr. Herrería (Gu): 9			Necr. La Serre (P. Atlantiq.)
Necr. La Olmeda (Gu):1			Necr. Avezac-Prat (Hautes Pyrénées)
Necr. de Sigüenza (Alcuneza): 2 + 1?			Necr. Bartres (Hautes Pyrénées)
Necr. Alpanseque (So): 1 + 1?			Necr. Ossun (Hautes Pyrénées)
Necr. Almaluez (So): 2			Necr. Campistrous (Hautes Pyrénées)
Necr. Carratiernes (So): 1			Necr. Le Frau (Tarn et Garonne)
Necr. La Mercadera (So): 5?			Necr. St. Mathieu (Haute Vienne)
= 22 + 7 dudosas	= 22 + 13 dudosas	= 4 + 1 dudosa	= < 50

Necrópolis de Griegos: Situada en la provincia de Teruel, muy próxima al límite de la provincia de Guadalajara, se considera parte del grupo clásico de necrópolis celtibéricas. Cuando se descubrió en los años 30 fue descrita como una necrópolis de incineración tumular, fechada en el siglo II a. C. (Almagro, 1942: 105). A la vista de los materiales conservados cremos, como en otros casos similares, que debió ser un cementerio usado a lo largo de bas-

tante tiempo ya que puede identificarse una fase de la I Edad del Hierro a la que pertenecería el característico eje de una fibula de hierro (Figura 3, 5). Tanto en la primera publicación (Almagro, 1942: 107) como en la síntesis de Schüle (1969: lam. 70) aparece formando parte de la tumba 5, en compañía de un brazaletes de bronce de numerosos aros y 27 cuentas de pasta cerámica de diferentes formas que compondrían un collar o pectoral, todo ello integrando un ajuar muy semejante a algunos de los encontrados en Herrería III.

Necrópolis de Molina: Situada en Chera, cerca de Molina de Aragón, fue uno de los primeros yacimientos descubiertos en época moderna en el extremo oriental de la Meseta y sirvió para confirmar las vinculaciones de esta región con el valle del Ebro desde al menos la I Edad del Hierro (Cerdeño et alii, 1981). Era una necrópolis de incineración con estructuras pétreas, que confirmó la existencia de un nuevo grupo tumular al sur del grupo clásico del Bajo Aragón (Maya, 1978; Eiroa, 1982). Aparte de las sepulturas que se encontraron intactas, un vecino de la localidad conservaba una serie de materiales recogidos entre el revuelto del arado, entre los que se encontraba una fibula de hierro navarro-aquitana (Figura 3, 6). Esta necrópolis distaba aproximadamente un kilómetro del castro de La Coronilla, que también conservaba una ocupación de la I Edad del Hierro.

Necrópolis de Herrería: Se ubica en la comarca molinesa, a escasos veinte kilómetros de la anterior y aunque aún no ha concluido su estudio (Cerdeño et alii, 2004) puede considerarse uno de los yacimientos celtibéricos más interesantes, al conservar superpuestos varios momentos de uso que están sirviendo para conocer la gestación y evolución estos pueblos prerromanos (Cerdeño y Juez, 2002).

HERRERÍA I	C. U./Br.F. autóctono	Sg. XI a. C. (XIII cal)	46 tumbas
HERRERÍA II	C. U./Br.F. autóctono	Sg. IX a. C. (X cal)	168 tumbas
HERRERÍA III	Celtibérico Antiguo	Sg. VII-VI a. C.	161 tumbas
HERRERÍA IV	Celtibérico Pleno	Sg. V a. C.	2 tumbas + materiales
HERRERÍA V	Medieval	Sg. XII-XIII d. C.	3 enterramientos

Está situada a unos quinientos metros del castro de El Ceremeño, con cuya primera ocupación (Ceremeño I) coincide la fase Herrería III que es la que ahora interesa por ser donde han parecido las fíbulas de hierro formando parte de los ajuares de las tumbas, en los que también se han encontrado otros tipos de fíbulas relevantes, como las de pivote, Acebuchal, bucle y doble resorte. Igualmente se han documentado broches de cinturón, brazaletes varios, cuentas de bronce, pasta y cerámica, así como armas de hierro representadas por puntas de lanza largas y cuchillos de hoja curva, todos ellos materiales ya habituales en las fases del Celtibérico Antiguo (Figura 2).

Necrópolis de Sigüenza: Situada en el término municipal de Alcuneza, muy próximo a Sigüenza, fue descubierta por clandestinos y excavada en un primer momento por Fernández-Galiano, que no menciona ninguna fibula de este tipo (Fernández Galiano et alii, 1982). Posteriormente una de nosotras retomó los trabajos en el yacimiento, encontrando dos fíbulas de

hierro que entonces no fueron valoradas adecuadamente (Cerdeño y Perez Inestrosa, 1993: 53). Una de ellas formaba parte del ajuar de la sepultura 19, aunque por su estado de conservación no está muy claro que pueda adscribirse a nuestro modelo, en la que también había tres puntas de lanza y un broche de cinturón de tipo ibérico. El segundo ejemplar es bastante típico (Figura 3, 4), aunque le falta parte del resorte, y apareció fuera de contexto en el sector tumular de la necrópolis (*Ibidem*: figura 30). Argente describe un fragmento de eje y aguja que podría incluirse en este tipo (Argente, 1994: 388, fig. 73).

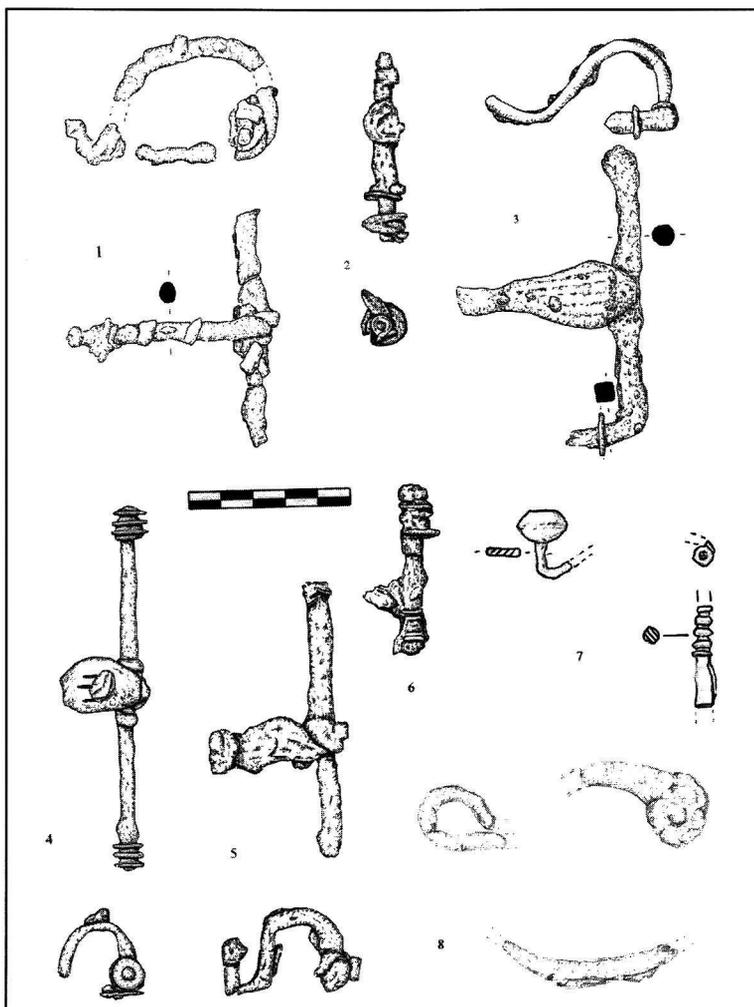


Figura 2.- Fíbulas encontradas en diferentes sepulturas de la necrópolis de Herrería (Guadalajara).
1: tumba 171. 2, 4, 5, 6: tumba 4. 3: tumba: 281. 7: tumba 170. 8: tumba 277.

Necrópolis de La Olmeda: Situada en la comarca de Sigüenza, fue una de las necrópolis excavadas a principios del siglo XX en el norte de la provincia de Guadalajara por el marqués de Cerralbo. Sus materiales se conservan en el Museo Arqueológico Nacional y, a pesar de los avatares sufridos por aquella colección, se pudieron identificar algunos conjuntos atribuibles a finales de la I Edad del Hierro (García Huerta, 1980: 31), momento al que podría pertenecer la fíbula de hierro (Figura 3, 1), las de doble resorte y algunos broches de cinturón.

Necrópolis de Carratiermes: Situada al sur de la provincia de Soria, es un exponente del grupo clásico de necrópolis celtibéricas al haber proporcionado información sobre diferentes fases de utilización. La fibula navarro-aquitana correspondería a la I Edad del Hierro, pues queda incluida en el grupo de fibulas de pie vuelto que fueron consideradas por los autores del estudio como las de datación más antigua. El ejemplar dibujado (Figura 3, 3) se describe como perteneciente a la sepultura 343, aunque no se define con detalle ni su estructura ni el resto del ajuar (Argente et alii, 2001: 96).

Necrópolis de Almaluez: Ubicada en la cabecera del Jalón, en pleno territorio celtibérico, existen noticias de ella desde los años 40 del pasado siglo. Posteriormente se revisaron los materiales depositados en el Museo Arqueológico Nacional y se mencionó una fibula de hierro de pie vuelto, a la que le falta el pie, cuya fotografía no permite afirmar con rotundidad si pertenece o no a este tipo (Domingo, 1982: 246, lám. V). En el estudio específico sobre las fibulas meseteñas, se describe un fragmento de hierro, de tipo navarro-aquitano perteneciente al ajuar de la tumba 155 (Argente, 1994: fig.14, 25) y que no se corresponde con la del trabajo anterior (Figura 3, 7), pero en ninguno de los casos se detallan las asociaciones de cada una de las tumbas.

Necrópolis de Alpanseque: Fue otra de las necrópolis conocida desde antiguo (Taracena, 1941), aunque es en el estudio sobre las fibulas de la Meseta donde Argente muestra dos fibulas que podrían pertenecer al tipo que nos ocupa. Describe y dibuja un ejemplar de hierro (Argente, 1994: 196, fig.23, 97) que, a pesar de ser de pie vuelto, no coincide exactamente con el modelo típico, mientras que aparece otro mucho más ajustado (Argente, 1994: 198, fig. 24, 106) a pesar de que está descrito como fabricado en bronce, detalle que tampoco nos parece determinante ya que el autor afirma no haber podido manejar dicha pieza que solo conoce por referencias bibliográficas (Figura 3, 8). Por nuestra parte, revisando el Archivo Fotográfico de Juan Cabré, recientemente publicado, hemos identificado una posible fibula navarro-aquitana que podría coincidir con la mencionada (Blanquez, 2004: foto nº 0606). Lo que no sabemos en ninguno de los casos es con que otros materiales aparecieron asociadas.

Necrópolis de La Mercadera: Se conserva bastante información sobre este cementerio soriano a pesar de que fue descubierto y excavado en el primer tercio del pasado siglo, y en aquellas publicaciones no es fácil determinar si se encontró algún ejemplar que nos interese. Podrían identificarse dos, a partir de las láminas, pero no van acompañadas de una descripción clarificadora (Taracena, 1932: 20, láms. XI y XXIII). En un trabajo más reciente se catalogan cinco fibulas de hierro pertenecientes a las sepulturas 7, 11, 59 y 76 y, aunque no se ofrece dibujo ni descripción pormenorizada (Lorrio, 1990: 41-42), podrían pertenecer al modelo que estudiamos, teniendo en cuenta su materia prima.

- Yacimientos navarros

La presencia de estas fibulas de hierro en yacimientos de la ribera navarra del Ebro fue, como ya hemos dicho, lo que motivó su actual denominación. No todas están bien contextualizadas en sus publicaciones originales, aunque en todos los casos se incluyen en las fases datadas en la I Edad del Hierro.

Poblado de Cortes de Navarra: Desde hace varias décadas, considerado el paradigma del desarrollo cultural del Bronce Final y la Edad del Hierro a ambos lados del Ebro. Las dos fibulas de hierro que describió y dibujó Maluquer (1954: 143), pertenecientes al poblado PIa, podrían corresponder al típico modelo navarro-aquitano, pues el autor insistió en que eran semejantes a las encontradas años antes en la necrópolis de La Torraza, en Valtierra. El mismo autor señalaba que además había encontrado moldes de fundición de agujas con discos, considerados los posibles precedentes de este tipo de fibulas.

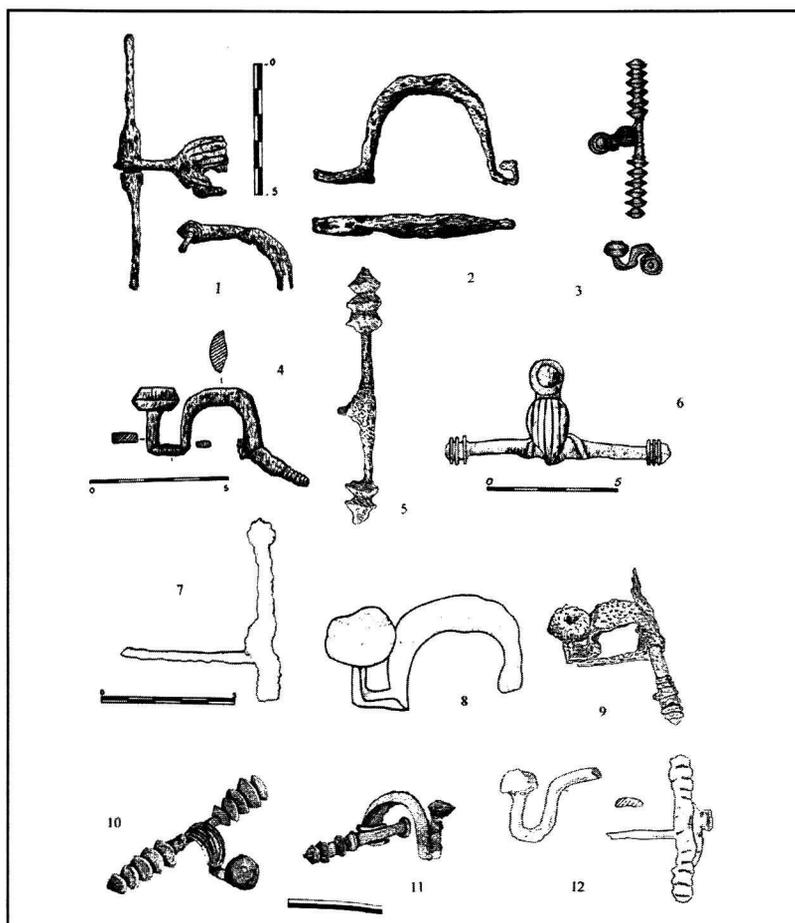


Figura 3.- Algunos ejemplos de fibulas navarro-aquitanas peninsulares. 1-2: La Olmeda (Gu), según García Huerta, 1980. 3: Carratiermes (So), según Argente et alii, 2001. 4: Sigüenza (Gu), según Cerdeño y P. Inestrosa, 1993. 5: Griegos (Te), según Almagro, 1942. 6: Molina (Gu), según Cerdeña et alii, 1981. 7: Almaluez (So), según Argente, 1994. 8: Alpanseque (So), según Argente, 1994. 9: La Palma (Ta), según Navarro, 1970. 10-11: Azaila (Za), según Beltrán, 1976. 12: La Pedrera (Le), según Navarro, 1970.

Necrópolis de La Atalaya: Situada en la margen derecha del Ebro y muy próxima al poblado de Cortes con cuyo nivel PIIB mantiene mayores paralelos. También fue descubierta en los años 50 y considerada por sus excavadores muy semejante a La Torraza (Maluquer y Vazquez de Parga, 1957). Revisando la publicación, hemos identificado siete fibulas completas o casi y 4 fragmentos de otras tantas, además dudamos sobre una más que está descrita como anular hispánica, pero fabricada en hierro y con un ancho puente que más parece del tipo que

estudiamos (Maluquer y Vázquez de Parga, 1957: 165 y 181). Los autores de la publicación consideraron que estas fibulas de hierro eran muy abundantes en el yacimiento pues, aparte de los ejemplares reconocidos por ellos, encontraron multitud de pequeños discos de bronce como los que rematan los extremos de los ejes de este modelo (Maluquer y Vázquez de Parga, 1957: 141).

Necrópolis de La Torraza: Ubicada en Valtierra, en la margen izquierda del Ebro, fue excavada por Maluquer a principios de los años 50 (Maluquer, 1953). La única fibula identificada de este tipo se encontró fuera de tumba, pero entre los ajuares de las 16 sepulturas excavadas aparecen fibulas de bucle, collares de aritos de bronce, brazaletes o pequeñas grapas semiesféricas, igual que en muchas tumbas de las necrópolis celtibéricas, así como una tapa de urna de orejetas con botón cónico, semejante a la encontrada en El Ceremeño I.

Necrópolis de El Castejón de Arguedas: Este cementerio tumular se encuentra relativamente próximo al anterior, situado al pie del poblado del mismo nombre y dominando la vega del río. Fue descubierto y excavado al final de los años 80 aunque la revisión pormenorizada de los materiales se ha realizado recientemente (Castiella y Bienes, 2002). Entre ellos se han localizado 6 fibulas navarro-aquitanas, fabricadas en hierro y con algunos de los discos del eje de bronce. Además, se conservan también 11 ejemplares definidos de “pie vuelto” a los que les falta el muelle y la aguja, pero cuyos puentes, pies y botones terminales son muy parecidos (Castiella y Bienes, 2002: figs. 209, 210, 213). Formaban parte de los ajuares de las tumbas y, por ejemplo, el de la nº 24 se componía de una ollita de cerámica a mano, dos fibulas del tipo que estudiamos, dos broches de cinturón, collares de pequeños aritos de bronce, fragmentos de numerosas pulseras de bronce y muchas arandelas, todo ello bastante semejante a algunos de los ajuares descubiertos en Herrería III.

Necrópolis de El Castillo de Castejón: Bastante próxima a la anterior, se sitúa al pie de un cerro y en la terraza derecha del río. Es un cementerio de incineración con muchas de sus tumbas señalizadas por pequeños túmulos o círculos de piedra, como muchas con las otras descritas y cuya morfología y ajuares emparentan sus autores con los yacimientos de Valtierra o La Torraza (Faro et alii, 2002-03: 49). Aunque no se describen detalladamente cada una de las sepulturas encontradas, se mencionan “numerosos” ejemplares de fibulas de hierro navarro-aquitanas, mostrándose una fotografía con cuatro ejemplares (Faro et alii, 2002-03: 72) que son los que nosotras contabilizamos.

- Yacimientos catalanes

En Cataluña se conocen cuatro fibulas de tipo navarro-aquitano procedentes de otros tantos yacimientos, tres ubicados en zona costera y otro en el interior en la cuenca del río Segre, cuya presencia parece responder a contactos más o menos continuados con las comarcas navarra y del suroeste frances.

Rosas: Solamente tenemos la noticia sobre la existencia de una de estas fibulas, fabricada en hierro y de gran tamaño, descubierta durante las excavaciones llevadas a cabo en el yacimiento por miembros de la Universidad de Barcelona (Navarro, 1970: 65).

Necrópolis de Mas de Mussols, La Palma: Situada en Tortosa, junto a la desembocadura del Ebro, proporcionó una fibula de este tipo (Fig. 3, 9) formando parte del ajuar de la tumba 10, junto a un regatón y un cuchillo de hierro (Navarro, 1970: fig. 14).

Necrópolis de Can Canyis: Situada también en la provincia de Tarragona, proporcionó una fibula de hierro de resorte bilateral y arco acintado, a la que le falta el pie, que podría corresponder al modelo estudiado, aunque el dibujo es deficiente (Vilaseca, 1963: 45). Posteriormente, Navarro (1970: 60) describe otra fibula de hierro típicamente navarro-aquitana, tanto por su materia prima como por su morfología y tamaño y que es diferente a la anterior.

Necrópolis de La Pedrera: En el corte estratigráfico realizado en este poblado leridano no se mencionaban fibulas de estas características en ninguno de sus estratos (Maluquer et alii, 1959) pero, años más tarde, Navarro (1970: 65 y 69) describe y dibuja un ejemplar procedente de la necrópolis, sobre el que no se aportan ningún dato sobre el contexto en que apareció (Figura 3, 12).

- *Necrópolis aquitanas*

En el Suroeste francés fue el primer lugar donde se definió este modelo de fibulas ya que su presencia era abundante entre los ajuares de las necrópolis de incineración de la I Edad del Hierro, la mayoría de ellas de carácter tumular (Figura 4). En la sistematización hecha hace algunos años (Mohen y Coffyn, 1970: 115; Mohen, 1980: 242), definió la fibula de “tipo aquitano” con el número 3223, caracterizado por ser de hierro, con un resorte bilateral con dos sentidos de torsión, largo resorte con eje desbordante y arco de cinta terminado en un pie acodado y rematado por un grueso botón. Un modelo muy similar sería el catalogado con el número 3222 de su clasificación.

Nos hemos detenido más en los ejemplares peninsulares porque su descripción está dispersa en diferentes publicaciones de distinta época y su presencia no siempre ha sido valorada de forma acertada. Aparte de su mera presencia, lo verdaderamente significativo sería el conocimiento del contexto completo en que han aparecido o las asociaciones de que formaban parte, por ejemplo el ajuar de cada una de las tumbas, pero la descripción minuciosa de cada conjunto excedería el espacio de estas líneas que hemos dedicado solamente a hacer su presentación de conjunto y a resaltar su potencial interés. Algunos ejemplares son piezas que debemos considerar “fuera de contexto” puesto que o bien no se conoce la tumba en que aparecieron o bien se desconoce el resto de las piezas que componían el ajuar. Sin embargo, incluso en estos casos hemos podido constatar que los yacimientos están bien sistematizados y en todos ellos se ha identificado una fase datada en la I Edad del Hierro y que todos los objetos en ellos encontrados mantienen evidentes paralelismos formales.

3. CONSIDERACIONES FINALES

Hemos visto que la presencia de fibulas de tipo navarro-aquitano en yacimientos celtibéricos antiguos no es esporádica, hace que nos fijemos en ellas y nos parezcan relevantes a la hora de tratar el tema de los orígenes de esta entidad cultural. A partir del análisis de materiales encontrados en yacimientos bien definidos estratigráficamente, que han permitido que conozcamos con mayor detalle la fase del Celtibérico Antiguo correspondiente a la I Edad del Hierro. Es el momento en que se encuentra consolidado el tipo de poblado en altura, tipo castro, asociado a estables necrópolis de incineración, aunque hoy sabemos que hay precedentes bien documentados en la Meseta oriental desde el Bronce Final (Cerdeño et alii, 2002: 145). Todavía quedan muchos aspectos por aclarar, empezando porque todavía no se conoce detalladamente el tránsito del Bronce Final a la Edad del Hierro en estas regiones ya que no disponemos de demasiados testimonios sobre las supuestas poblaciones autóctonas preexistentes en la zona oriental de la Meseta, a donde creemos que llegaron grupos de Campos de Urnas desde Aragón e iniciaron una ocupación permanente cuya influencia se observa en el registro conservado de toda la Edad del Hierro.

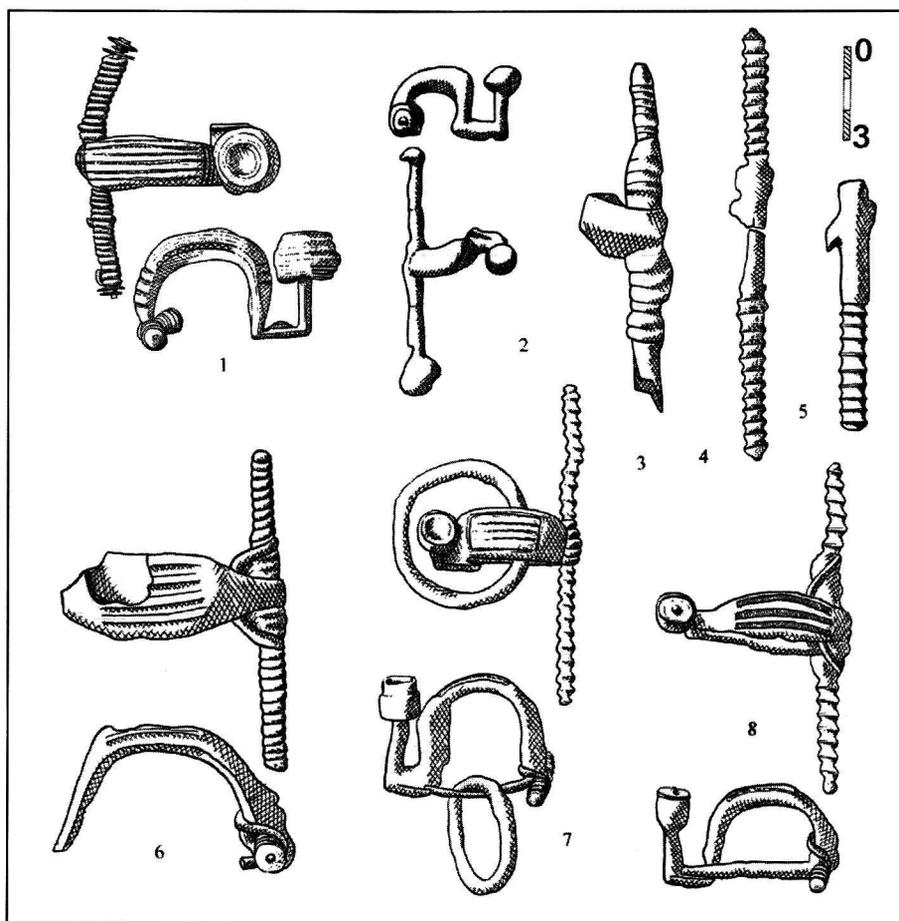


Figura 4.- Muestra de las fibulas aquitanas del suroeste francés (según Mohen, 1980).

Los elementos materiales descubiertos avalan la apuntada relación entre diferentes y distantes grupos culturales y se añaden a una larga lista que se está ampliando bastante en los últimos años, siendo ya muchos y de variada naturaleza los registrados en yacimientos meseteños que muestran gran cercanía formal a los documentados en el valle del Ebro, tanto si nos referimos al entorno habitacional, como al ámbito funerario.

En líneas generales, resulta significativo el parentesco entre el modelo urbano utilizado en ambas regiones, donde predominan los poblados organizados según el modelo de “calle central”. Las viviendas se disponen a lo largo del perímetro del cerro, apoyan la trasera en la muralla y abren sus puertas al interior, están adosadas entre sí y tienen disposición interior bi o tripartita, diseño que globalmente se conoce en todos los poblados del entorno del Sistema Ibérico y del valle del Ebro desde el Bronce Final, como en el caso del clásico yacimiento de Cortes de Navarra.

Por su parte, el espacio funerario ofrece también una serie de aspectos cuya presencia indica las mismas conexiones entre el Bajo Aragón y la Meseta oriental: el propio rito de incineración, con fechas cada vez más antiguas, la presencia de estructuras tumulares casi idénticas o la tipología del equipo material que integra los ajuares. Resultan relevantes algunos elementos metálicos pues, precisamente por ser piezas elitistas, debieron ser objeto de imitación o intercambio como creemos que ocurrió con las fíbulas navarro-aquitanas. Las formas cerámicas también ofrecen paralelos morfológicos, siendo habituales las fabricadas a mano entre las que hay que destacar los recipientes bicónicos y de perfil en S, los cuencos de tipo Roquizal, cuencos de paredes finas con decoración pintada o algunos platos con decoración excisa (Cerdeño y Juez, 2002: 70-75).

En este ambiente hay que incluir las fíbulas analizadas, a las que todos los autores antiguos catalogaron como típicas del Halstatt final, siguiendo la nomenclatura de la época y vinculándolas al mundo europeo desde que Maluquer consideró que tenían sus precedentes en los modelos encontrados en la necrópolis francesa de Hagueneau (Maluquer, 1953: 141), a pesar de lo cual siempre propusieron cronologías muy recientes. Hoy han variado conceptos e interpretaciones y, sobre todo, las cronologías absolutas que con mayor precisión van delimitando estos procesos culturales, indicando que no toda nuestra Edad del Hierro céltica es “posthallstática” y que la gestación de las culturas prerromanas del interior se prolongó a lo largo de varios siglos.

Aparte de los comentados aspectos tipocronológicos, queremos resaltar el interés de que estas fíbulas estuvieran fabricadas en hierro pues se convierten en una de las primeras manufacturas de este metal, cuyo conocimiento en los territorios que estudiamos siempre se había considerado también tardío. Ultimamente los yacimientos celtibéricos más orientales han proporcionado objetos de hierro bien estratificados en niveles del Celtibérico Antiguo, que alargan su cronología hasta principios del siglo VI a. C., si no antes. De manera generalizada se acepta que el hierro se introdujo desde zonas costeras al interior del valle del Ebro y desde allí hasta la Meseta oriental, donde pronto se generalizó su uso al existir importantes focos metálicos en todo el Sistema Ibérico.

Teniendo en cuenta todo ello, queremos resaltar el papel funcional, social y simbólico que tuvieron estas fíbulas entre los pueblos prerromanos. Durante la Edad del Hierro proliferaron estas piezas metálicas y otras equivalentes y por su repetición en determinados contextos hemos de pensar que sirvieron como signo de identidad de determinados grupos sociales y que tanto a hombres como a mujeres les hicieron socialmente significativos (Hernando, 2002: 159), hasta el punto de que fueron enterrados con ellas.

Desde que las sociedades europeas se hicieron más complejas, coincidiendo con una economía de excedentes y la generalización de las manufacturas metálicas, se observa en el registro la existencia de grupos que manejan y se entierran con objetos especiales entre los que destacan determinadas cerámicas de lujo y objetos de metal formando parte de conjuntos que suelen repetirse en amplias zonas geográficas. Son habituales los ajuares estandarizados que responderían no solo a una moda, sino a símbolos de unos grupos concretos que de esta manera afianzaban su interconexión, alianza o comercio en momentos que todavía necesitarían cohesión y apoyo mutuo. Por ello es comprensible la existencia de intercambios con determinadas materias y objetos que, como en el caso de las fíbulas de hierro navarro-aquitano, permiten ir conociendo los contactos mantenidos entre distintos grupos sociales y los procesos culturales que a partir de ellos pudieron tener lugar.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO BASCH, M. (1942): "La necrópolis céltica de Griegos (Teruel)", *Archivo Español de Arqueología*, XV. Madrid.
- ARANDA, A. (1990): "Necrópolis celtibéricas en el Bajo Jiloca", *II Symposium sobre los Celtiberos. Necrópolis celtibéricas*: 101-109, Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- ARGENTE, J. L. (1994): "Las fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural", *Excavaciones Arqueológicas en España*, 168. Ministerio de Cultura. Madrid.
- ARGENTE, J. L., DIAZ, A., BESCÓS, A. (2001): "Tiermes V. Carratiermes, necrópolis celtibérica. Campañas 1977 y 1986-1991". *Arqueología en Castilla y León* 9. Valladolid.
- BELTRÁN, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezó de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza.
- BLANQUEZ, J., RODRÍGUEZ, B. (eds) (2004): *El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental*. IPHE-Unv. Autónoma Madrid-Museo de San Isidro. Madrid
- CASTIELLA, A. (2002): "La vida y la muerte durante la Protohistoria en El Castejón de Arguedas (Navarra)", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra* 10. Pamplona.
- CERDEÑO, M^a L.; GARCIA, R. y PAZ, M. (1981): "La necrópolis de Molina de Aragón (Guadalajara). Campos de Urnas en la Meseta Oriental", *Wad-Al-Hayara* 8: 9-84. Guadalajara.
- CERDEÑO, M^a L. y PEREZ DE INESTROSA, J. L. (1993): "La necrópolis celtibérica de Sigüenza: revisión del conjunto", *Memorias del S.A.E.T.* 8. Teruel.

- CERDEÑO, M^a L. y JUEZ, P. (2002): “El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)”, *Monografías del S.A.E.T.*, 8. Teruel.
- CERDEÑO, M^a L.; MARCOS, F. y SAGARDOY, T. (2002): “Campos de Urnas en la Meseta Oriental: nuevos datos sobre un viejo tema”, *Trabajos de Prehistoria* 59 (2): 135-147. Madrid.
- CERDEÑO, M^a L. (2004): “Novedades culturales y metodológicas en la necrópolis de Herrería (Guadalajara)”. En RODERO, A. y BARRIL, M. (coord.): *Novedades Arqueológicas Celtibéricas*. Museo Arqueológico Nacional. Madrid.
- DOMINGO, L. (1982): “Los materiales de la necrópolis de Almaluez (Soria), conservados en el Museo Arqueológico Nacional”, *Trabajos de Prehistoria* 39: 241-278. Madrid.
- EIROA, J.J. (1982): *La Loma de Los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*. Institución Fernando El Católico. Zaragoza.
- FARO, J. A.; CAÑADA, F y UNZU, M. (2002-03): “La necrópolis de El Castillo (Castejón. Navarra)”, *Trabajos de Arqueología Navarra* 16: 45-77. Pamplona.
- FERNÁNDEZ GALIANO, D.; VALIENTE, J. y PEREZ, E. (1982): “La necrópolis de la primera Edad del Hierro de Prados Redondos (Sigüenza, Guadalajara)”, *Wad-Al-Hayara* 9: 9-36. Guadalajara.
- GARCÍA HUERTA, R. (1980): “La necrópolis de la Edad del Hierro de La Olmeda (Guadalajara)”, *Wad-Al-Hayara* 7: 9-33. Guadalajara.
- HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*, Akal. Madrid.
- LORRIO, A. (1990): “La Mercadera (Soria): organización social y distribución de la riqueza en una necrópolis celtibérica”. En BURILLO, F. (coord.): *Necrópolis celtibéricas. II Symposium sobre Los Celtíberos*: 39-50, Institución Fernando el Católico. Zaragoza.
- MALUQUER, J. (1953): “La necrópolis de la Edad del Hierro de La Torraza, en Valtierra (Navarra)”, *Príncipe de Viana* LII-LIII: 243-269. Pamplona.
- MALUQUER, J. (1954): *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico, II*. Institución Príncipe de Viana. Pamplona.
- MALUQUER, J. y VAZQUEZ DE PARGA, L. (1957): “Avance del estudio de la necrópolis de ‘La Atalaya’, Cortes de Navarra”, *Excavaciones en Navarra*: 123-188. Pamplona.
- MALUQUER, J.; MUÑOZ, A.M^a y BLASCO, F. (1959): “Cata estratigráfica en el poblado de La Pedrera, en Vallfogona de Balaguer (Lérida)”, *Zephyrus* X: 5-79. Salamanca.
- MAYA, J. L. (1978): “Las necrópolis tumulares ilerdenses”. *2º Colloqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdá*, Institut d’Estudis Ceretans, Puigcerdá.
- MOHEN, J-P. y COFFYN, A. (1970): “Les nécropoles hallstattiennes de la région d’Archacon”, *Bibliotheca Praehistorica Hispana* XI. Madrid.
- MOHEN, J-P. (1990): “L’Age du Fer en Aquitaine”, *Mémoires de la Société Préhistorique Française* 14. CNRS. Paris.
- NAVARRO, R. (1970): *Las fibulas en Cataluña*. Instituto de Arqueología y Prehistoria.

Publicaciones Eventuales, 16. Universidad de Barcelona.

NICKELS, A. (1989): "Agde. La nécropole du premier Âge du Fer", *Revue Archéologique Narbonnaise*. Supplément, 19. CNRS. Paris.

PÉREZ CASAS, J. A. (1990): "Las necrópolis de incineración en el Bajo Jalón". En BURILLO, F. (coord.): *Necrópolis celtibéricas. II Symposium sobre Los Celtíberos*: 111-121, Institución Fernando el Católico. Zaragoza.

PONS, E. y PAUTREAU, J-P. (1994): "La nécropole d'Anglés, La Selva (Girone, Espagne) et les relations Atlantique-Méditerranée á travers les Pyrénées au début de l'Âge du Fer", *Aquitania XII*: 353-375. Bordeaux.

SCHÜLE, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen de Iberischen Halbinsel*, Walter de Gruyter, Berlin.

TARACENA, B. (1932): "Excavaciones en la provincia de Soria", *Memorias J.S.E.A.* 119: 32-37. Madrid.

VILASECA, S.(1963): "La necrópolis de Can Canyis (Banyeres, Tarragona)", *Trabajos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre VIII*. Madrid.